

EL HUMOR ES UN ASUNTO CRUEL

Camilo Franco

Crítica publicada en La Voz de Galicia

A veces el humor puede parecer un asunto cruel. Pero quizás la crueldad no esté en el humor, sino en la forma en que lo practicamos. Porque cuando practicamos el humor a la defensiva somos crueles con nosotros mismos.

En cierto sentido ese era el humor de Woody Allen. Llamar la atención sobre sus personajes para demostrar hasta que punto somos capaces de reírnos de problemas ajenos. Ya podemos disimular diciendo que la circunstancia es cómica y otras disculpas, pero no quedamos en muy buen lugar como especie. La naturaleza humana.

El personaje que protagoniza La hija de Woody Allen es un catálogo de problemas ambulante. Tiene una parte de éstos que se identifican como contemporáneos y, naturalmente, se lleva mal con todos ellos. Esa mala relación resulta cómica aunque todos sepamos que, de no ser humor, sería un drama.

La obra sigue los mandatos paternos, pero no es una mala imitación de Allen ni un repaso de frases estelares. Es la aplicación de ese sentido del humor que reclama la atención sobre los personajes, que demuestra, al final, que somos víctimas de casi todas las cosas que suceden y también de nosotros mismos.

La hija de Woody Allen no necesitaría esa referencia para existir y quizás por eso a lo largo de la obra va marcando distancia y va buscando su lugar para que no juzguen a la hija por su padre, que es un mal muy contemporáneo y muy extendido. Se maneja entre los lugares comunes y desarrolla un sentido del humor en el que hay sitio para la acidez y para la ternura. Según avanza la obra, se deja llevar más hacia lo segundo y en esa transformación sí se separa abiertamente de su referente titular. Hace una fuga a un territorio radicalmente diferente, como si el humor anterior a esa delicadeza fuese, en realidad, una preparación, un calentamiento del espectador para que el personaje encontrase la naturaleza de su espacio, más lírica que cómica.

En esta actitud la obra acaba en un punto muy distante de su comienzo y con una preocupación completamente diferente. Y así como los problemas de los demás parecen divertidos, la felicidad de los demás parece aburrida. La felicidad es un asunto sobrevalorado en la cultura contemporánea. Una vez llegas no hay nada más que hacer. Quizás dar vueltas en el mismo punto, y en eso el montaje es completamente metafórico.

Que el sentido de la marcha cambie hacia el final es una opción que enriquece más al personaje que a la historia. Es, en realidad, un triunfo de las necesidades del personaje sobre las posibilidades de la historia. El personaje pide una solución liberadora, que justifique tanto apuro padecido. Las historias y el público se comportan con mecanismos crueles y suelen pedir más guerra. No están tan preocupados por como acaben los personajes como por como acabe la diversión. Es una demanda del sistema. Los gobiernos actúan así: salvan al sistema aunque perjudiquen a la gente.

Con transformación incluida, **la obra se mueve ágilmente por el humor, marca las pausas con decisión e incluso resuelve con soltura esas transiciones de uno para uno. Mantiene el humor con firmeza y no se deja llevar en esas**

facilidades que algunas comedias dan por buenas cuando se trata de reír. El humor se mantiene en esa acidez que no se convierte en mala baba, un poco hacia aquí del sarcasmo. Tampoco abusa de la línea paródica que el título y alguna de las intenciones podrían augurar. Hacia el final pierde algo de pulso porque la distancia a salvar entre un punto y otro es demasiado grande. La distancia entre el humor y la ternura es la misma que hay entre lo racional y lo emotivo, la inteligencia y las emociones. Parecen circunstancias próximas. Pero hay un mundo. Y aún no hemos descubierto el teletransporte.